

Juan, los hermanos Haro y don Juan Nuñez de Lara, de que convocase de nuevo córtes en Castilla, y despues en Leon, y esto lo hacian aquellos magnates para dar tregua á la guerra, porque estaban muy desavenidos y no querian pelear juntos por el rey.

La primera convocatoria fué para Búrgos, en el mes de abril de 1302.

## XLI.

Reunidas las córtes en Búrgos, la reina doña María manifestó á los personeros que el rey habia llegado ya á su mocedad; que por su alianza con el rey de Portugal, y por la sumision del infante don Juan, habia mejorado mucho el estado de las cosas, y acrecido el poder del rey; pero que la guerra con el de Aragon, y con el de Granada, y con el infante don Alfonso de la Cerda, no habia cesado, y que necesitaba le diesen algo los reinos, no solo para continuar la guerra, sino tambien para pagar en Roma la legitimacion del rey y de los infantes sus hermanos, porque el servicio que para esto habian otorgado las pasadas córtes de Valladolid, habia sido necesario entregarlo por bien de la paz al infante don Juan cuando se sometió; y los concejos, que eran, por decirlo así, la carne nacional, que no miraban mas que el interés de los reinos, que no se doblegaban á ambiciones ni caian en la traicion como los magnates, que veian que su reina no descansaba, ni reposaba, ni vivia, luchando incansable por su hijo y por sus reinos, tuvieron á muy gran hecho concederla lo que les pedia, y se lo concedieron, dando al rey cuatro servicios para pagar los hijo-dalgos de la hueste, y uno para la legitimacion del rey y de sus hermanos.

Conmueva aquella hidalguía, aquella lealtad del municipio, comparada con la negra é infame traicion de los grandes.

El rey don Fernando el IV tuvo dos madres: la una la que le habia dado el ser y combatió por él sin miedo y sin reposo;

la otra su patria, representada por los buenos y leales concejos de las Estremaduras y de Castilla, que le dieron su dinero y su sangre: para ambas fué ingrato el rey don Fernando; pero no atropellemos los sucesos.

Este servicio para la legitimacion fué de diez mil marcos de plata (ochenta mil duros de nuestra moneda, valor exorbitante para aquellos tiempos, en que todo valia infinitamente menos que ahora), que fueron enviados al Papa Bonifacio.

Expidió este sus cartas de legitimacion en favor del rey don Fernando y de sus hermanos, y quitóse ya con esto todo pretexto legal á los ambiciosos.

Disolviéronse, pues, las córtes.

## XLII.

Pero este año fué terrible: el hambre, mas espantosa que la peste, cayó sobre Castilla.

La guerra, durante muchos años, habia yermado los campos, habia incendiado las cosechas: los habitantes de los lugares murados, amedrentados, no se atrevian á apartarse mucho de sus muros, porque, á mas de la guerra, affigia á Castilla el bandillaje, proveniente de ella, porque entonces los ejércitos se hacian con aventureros, y estos, cuando eran despedidos ó cuando desertaban, temerosos de algun castigo, se reunian en bandas y se entregaban á la rapiña.

La reina, harto affigida por la guerra civil, harto empeñada en ella, no tenia fuerzas para reprimir este género de crímenes.

El desconcierto era terrible: para gobernar bien y en justicia el reino, era primero necesario tenerle, y robustecerle despues por la paz.

Las alteraciones no producen mas que miserias y desastres de todo género.

La adulteracion de la moneda castellana, hecha de mala fé, como ya dijimos, por los infantes don Juan y don Alfonso, y por don Juan Nuñez, habia producido una gran crisis monetaria, aumentando escesivamente el valor de las cosas; la industria, el comercio, la agricultura, estaban abandonados.

Castilla no producía, y se gastaba en la guerra, para sostener los derechos de Fernando IV, mas que lo que se tenia.

La reina habia vendido su vajilla, sus alhajas, habia empeñado, primero, las rentas reales, luego su patrimonio particular, despues el de sus hijos: gran parte de estos patrimonios se habia invertido en comprar con mercedes de villas y castillos los servicios interesados de infantes y magnates.

Los concejos apretaban en los tributos para dar al rey servicios.

Gran parte del territorio donado á los grandes estaba chupado, devorado por ellos.

Los castellanos habian vertido por su rey y por su patria mucho sudor, muchas lágrimas, y se habian quedado exhaustos.

Los resultados, con todo su terrible esplendor, no podian dejar de sobrevenir, y sobrevino el hambre.

Las gentes caian exánimes en las calles, en las plazas, en los campos, y tal fué la mortandad, que se calcula sucumbió una cuarta parte de la poblacion de Castilla.

¿Pero qué importaba á los próceres que lo habian vendido todo, su honra, su lealtad, su conciencia, hasta su alma?

Los asesinos, los ladrones, los infames, eran poderosos, y desde las altas torres de sus soberbios alcázares miraban indiferentes á la pobre multitud que moria á los piés de sus muros.

### XLIII.

Quando los pueblos padecen de tal manera, quando sucumben bajo el hambre y la desesperacion, no hay que pedirles un

juicio claro é imparcial acerca de las causas que producen sus males: no ven mas que su estenuacion, su miseria, y se vuelven desesperados al rey, como al poder que, segun ellos, creen puede salvarlos, porque las multitudes no conocen la ciencia de la política, porque no puede pedirse la razon filosófica de las cosas á quien no tiene inteligencia ni sabiduría bastantes para ello, porque las multitudes no saben que el rey y el pueblo, los dos únicos poderes legítimos, están unidos por una misma suerte, que cuando los pueblos son traicionados, robados, desangrados y escarnecidos, es tambien traicionado, robado, desangrado, escarnecido el rey.

La grandeza y el bienestar de los pueblos corren al par de la grandeza y del bienestar de los reyes.

Pero cuando un cuerpo extraño, infame y corrosivo lo corrompe todo; cuando una falange de miserables alterna en el mando, posponiéndolo todo á su soberbia y á su codicia, olvidados de cuanto constituye las creencias de un hombre de honor; cuando todo lo aprovechan; cuando compran los instrumentos venales que los mantienen en su encumbramiento dándoles una parte del botin; cuando no hay otros hombres de que disponer para el mando, el pueblo y el rey se desconocen y se enemistan; está colocada entre ellos esta negra nube de langosta; no se ven bien, no pueden verse: el rey se queja del pueblo, porque el pueblo le deja oír su sordo rumor de descontento, y el pueblo se queja del rey, porque no destruye á los vampiros que chupan la sangre de un reino entero.

¿Qué podia hacer la reina doña María? Si prescindia de los Haros, tenia que echar mano á los Laras; si el infante don Juan se le aproximaba, no podia rechazarle ni podia decir al infante don Enrique, alejaos: no habia un solo rico hombre de los de segunda esfera que tuviese renombre bastante para encargarle de la defensa de los preciosos intereses que habia que guardar: aquello era un círculo vicioso; no se podia salir de cierto género de hombres, y todos eran á cual peor.

Existia, es cierto, Guzman el Bueno; pero hacia falta en la frontera de Granada para contener la ruda y tenaz embestida

de los moros, y la reina solo le apartaba de allí para traerle á la córte y á los negocios en las grandes situaciones.

Como hemos visto, nadie servia á la reina, ó lo que es lo mismo, nadie servia á la patria si no se le pagaba á medida de su codicia, y aun así, despues de pagados, no servian ni á Dios, ni á la patria, ni al rey, sino á sí mismos, haciéndose entre sí una cruda guerra los ambiciosos, y poniendo siempre en peligro con sus encarnizadas luchas personales cuanto habia de precioso y de sagrado.

El extranjero estaba seguro de ser bien servido por ellos si les pagaba bien.

Porque estos hombres miserables, embriagados por la ambicion, no encontraban nada repugnante, ni aun la alevosía á la patria si por ella aumentaban su riqueza ó sostenian su soberbia: ellos disponian de los elementos de fuerza, ellos podian traer un tremendo dia de amargura y de desórden en que todo se perdiese, y la reina, que los conocia demasiado, la reina, que lo veia todo, que estaba atenta á todo, que no olvidaba ni un solo momento los grandes deberes, los terribles deberes que habia puesto en sus manos la Providencia como reina y como madre, los retenia á su lado, contemporizando siempre, sufriendo, callando, doblegándose, pero doblegándose de tal manera, que no comprendieran que se doblegaba porque no perdiesen el último resto del temor que la tenian, neutralizando, contrapesando, anulando el poder de los unos con el de los otros, gastándolos y debilitándolos lentamente con una paciencia infinita, dividiéndolos por la envidia, aislándolos, empequeñeciéndolos, esperando un dia en que el poder real lo dominase todo y fuese el único medio de salvacion para los castellanos.

#### XLIV.

Pero estos estaban ciegos, desorientados bajo el continuo embate de la lucha de los próceres, del clero y de los municipios.

A ellos venia á parar el mal, porque ellos eran el cuerpo y cuando la cabeza está débil, la miseria que devora la cabeza y la causa fiebre, hace sentir tambien la fiebre al cuerpo.

No meditaban, no juzgaban, no sentian mas que lo que les affigia.

Las multitudes juzgan con el sentido vulgar, por las apariencias, y las apariencias son siempre falaces; hay que levantar la cubierta, hay que profundizar debajo para llegar á la verdad, y esto requiere inteligencia, esperiencia y verdadero sentimiento.

No comprendian, no podian comprender la alta política de la reina; solo veian que estaba rodeada de miserables y de traidores, y que no los mataba: no veian que no podia matarlos; no veian que ellos eran la armazon del gobierno, aunque corrompida, necesaria, por lo adverso de las circunstancias; no se les alcanzaba que ellos tenian todos los elementos de fuerza y de corrupcion, que tiranos hoy en el mando, fuera del mando eran conspiradores mañana, y creian los dieterios calumniosos de su rabia contra el poder que los enfrenaba, verdades palpables; porque el vulgo cree todo lo que le dicen, y lo cree tanto mas cuanto es mas absurda la maledicencia.

Y qué, decian, ¿no hay mas que cuatro hombres para que ayuden al rey á gobernar el reino? ¿no hemos de salir de un Haro sino para dar en un Lara, ni hemos de vernos libres del infante don Juan sino para que nos oprima el infante don Enrique? ¿no son todos traidores? ¿no han crecido de traicion en traicion, de infamia en infamia? ¿qué eran antes de haber engordado con nuestra sangre? ¿por qué tienen ellos acaparado todo el pan, y á nosotros nos falta?

Y era necesario decir á aquel pueblo que se quejaba: ¿por qué no te agrupas armado y tremendo alrededor del trono, y le prestas tu fuerza para que pueda matar á los alevosos y á los ladrones? ¿Por qué eliges para tus municipios esos hijo-dalgos que se venden al oro, y envian personeros con los cuales tiene que luchar brazo á brazo la reina para que todo no se desquicie? ¿No ves que esos personeros ineptos, ignorantes y miserables,

cuando no se venden se dejan seducir por apariencias, por promesas falaces, y que solo ese admirable don que el cielo ha dado á la reina para conmover á los que la escuchan, ha impedido que vuestros personeros sean cómplices de la venta de Tarifa al moro, de la entrega de las Estremaduras al rey de Portugal, de la cesion de la Navarra al rey de Francia, de la entrega vergonzosa del reino de Murcia al de Aragon, del desmembramiento del reino de Leon al infante don Juan, de un fuerte infantazgo, cuando menos, á don Alfonso de la Cerda, y de que las Castillas y las Andalucías, hechas partijas, viniesen á ser el patrimonio de don Enrique, de los Haros y de los Laras, y que esto se debe en gran parte á vuestra ceguedad, á vuestra ignorancia, á vuestra credulidad? No acuseis á la que con vosotros es víctima: respetad lo que no podeis comprender.

Inútiles esfuerzos.

Nadie cree aquello que no comprende, ni su soberbia le permite comprender su ignorancia.

Los sucesos marchan entre tanto lógicos, necesarios, invariables, como Dios ha querido que marchen.

La materia bruta que no siente mas que las impresiones materiales, se corrompe, cria gusanos que acaban de devorarla, que perecen por último, quedando de todo aquello un polvo nauseabundo, que el viento barre, lanzándolo en el espacio, dejando pura la tierra para que produzca frutos opimos y sazonados.

Pero esta es la tarea del tiempo; lo que se ha podrido no puede volver á ser sano, necesariamente ha de disolverse, ha de reducirse á polvo.

Por eso hemos dicho que el tiempo es el único revolucionario que conocemos; el tiempo, esto es, el espacio, lo infinito, lo eterno, lo que siempre es presente y no se detiene nunca, la inmensidad, esto es, Dios.

## XLV.

Doña María Alfonso de Molina, sin mas amparo que su gran corazon, su grande alma, su infinita prudencia, su inmenso genio, su valor heróico y su incansable actividad, es una figura gigantesca y resplandeciente para el que lea la historia de su tiempo, avalore con corazon é inteligencia su lucha y su martirio, y establezca el paralelo entre aquella época y otras posteriores, enteramente semejantes entre sí, salva la diferencia de carácter.

La humanidad ha sido siempre la misma en cuanto á virtudes y á crímenes; el corazon y la conciencia están siempre sujetos á unas mismas leyes, con la sola modificacion de las costumbres: puede darse hoy una doña María Alfonso de Molina, si se la coloca en circunstancias semejantes á las en que aquella se encontró.

## XLVI.

Nos hemos perdido en este larguísimo capítulo histórico, y tal vez habrá contrariado, bien á nuestro pesar, á muchos de nuestros lectores, porque mas que una novela escribimos una apología de la ilustre madre del rey don Fernando IV, porque queremos que no solo llegue á nuestras masas populares la gloria de aquella nobilísima señora, sino para que vean esplicadas por la historia y por la esperiencia cosas que hoy no comprenden los unos, y que otros no quieren comprender; esto es, que la ambicion y la soberbia son generalmente la razon de la política, y que á los pueblos se les engaña, se les explota, se les despedaza, valiéndose de palabras huecas y de promesas traidoras, que son otros tantos horribles y repugnantes sarcasmos.

La historia es la esperiencia, la esperiencia la sabiduría: los de corazon sencillo y bueno, leed y aprended; los de corazon corrompido, temblad al poder incontrastable, absoluto, terrible, que ha impuesto á cada falta, á cada crimen, á cada perversion su castigo inevitable; ese poder absoluto que no tiene compañero ni necesita estraña fuerza, porque solo él es fuerte, Dios.

Negadle y escarnecedle en buen hora, no importa, peor para vosotros; lo que es necesario que sea será inevitablemente: el dia en que os veais vencidos, por tierra, despedazados por los cascos de los caballos, no busqueis vuestro vencedor sino en ese poder eterno, inevitable, invariable: él no ha querido que sea lo que no puede ser.

## LIBRO QUINTO.

### LA INGRATITUD.